

Pellicani y los límites de la modernidad

Norbert Lechner

Norbert Lechner: Cientista social alemán, residente en Chile. Director de FLACSO-Chile.

El Manifiesto Comunista describió con una fuerza épica inolvidable la expansión del capitalismo que todo lo disuelve. Su poder corrosivo, revolucionando no sólo la producción económica sino socavando despiadadamente las estructuras sociales y los valores consagrados, se hace más visible en la extensión extraeuropea. Si América Latina se encuentra en el origen de dicha expansión, el texto de Luciano Pellicani puede ayudarnos a reflexionar su dinámica.

Gran estudioso del desarrollo del capitalismo, Pellicani afirma que las demás civilizaciones enfrentan la disyuntiva de adaptarse a la civilización industrial o bien transformarse en colonias culturales del centro capitalista. Estrategias que buscan asimilar el progreso técnico que aporta el desarrollo capitalista y a la vez defender las tradiciones sociales e identidades culturales estarían destinadas al fracaso. Según Pellicani, el capitalismo es un solo paquete que no puede ser adoptado por partes. No hay aculturación material sin aculturación espiritual y ello significa que «hay sólo un modo de industrializarse, adoptando las instituciones de base de la modernidad: el mercado ante todo y, con el mercado, la autonomía de la sociedad civil, el pluralismo político y la secularización». En consecuencia concluye Pellicani, nos guste o no nos guste, solamente nos queda asumir la ineludible «europeización universal».

Todo enfoque ilumina algunos aspectos de la realidad y esconde otros. Dejémosnos de interpretaciones supuestamente omnicomprensivas y veamos qué elementos salen a la luz y cuáles quedan ocultos. El mérito de Luciano consiste en resumir la disyuntiva tras el colapso del comunismo: o nos adaptamos activamente al capitalismo como sistema-mundo o somos relegados, reactivamente, al estatuto de colonias. Así es; no hay alternativa. Mejor dicho, no hay alternativa sin reconocer dicho punto de partida. Sin embargo, su argumentación no me satisface. Precisamente por estar de acuerdo con la importancia que Pellicani asigna a los cambios culturales, su clave interpretativa merece dudas.

¿Guerra cultural?

Una primera reacción consiste en preguntarnos si su visión de «guerra cultural» ilumina la situación de América Latina. Por cierto, la conquista de América ha sido una guerra militar, económica y religiosa. Mas esta violencia originaria no prejuzga el posterior desarrollo de las sociedades latinoamericanas. Nuestra inserción en el capitalismo mundial no puede ser explicada, a mi entender, en términos de guerra cultural. Tal vez la noción tenga algún éxito en las conmemoraciones del Quinto Centenario para justificar las tesis de un «genocidio», o sea, una visión esencialista de la cultura que conduce a un moralismo abstracto. ¿No nos enseña la historia de América mas bien el carácter necesariamente compuesto, híbrido, de la cultura? Por eso, «lo propio» es siempre contingente, definido coyunturalmente en relación a lo otro. Si concebimos la cultura como un proceso histórico - una sedimentación de «capas geológicas» - evitamos una visión monista. Quizás la conciencia de la combinación aleatoria que es la cultura haya motivado el éxito de una categoría unitaria por excelencia: la nación. A través de la nación adquirimos esa idea de unidad que permite amalgamar y escamotear la mescolanza cultural. Hoy en día, la delimitación de la unidad nacional se desvanece bajo los efectos del doble proceso de globalización y fragmentación. En consecuencia, tenemos que recomponer nuestro campo cultural. Esta recombinación empero, es algo muy diferente a una «guerra cultural».

Pellicani no considera América Latina, pero tampoco alude a Japón y el Sudeste asiático. Ello es incongruente en un texto que se refiere a una guerra cultural entre Occidente y Oriente. ¿No son las experiencias de esos tigres asiáticos un ejemplo de disociación entre economía capitalista y tradición cultural? A mi entender, los felinos muestran una muy dinámica inserción en el capitalismo mundial - sin la correspondiente aculturación espiritual -. Al no abordar este caso, el enfoque general de Pellicani se restringe, en el fondo, a una preocupación muy particular: el auge del fundamentalismo. Ahora bien, asumiendo esta preocupación, me parece más fructífera la pregunta formulada por Castoriadis: ¿por qué el Occidente no tiene una influencia emancipatoria?¹

Modernización y modernidad

Pellicani y las teorías de la modernización no se hacen cargo de la pretensión emancipatoria con que surge la modernidad. La extensión de la «civilización europea» se apoya no sólo en la forma capitalista de mercado, sino igualmente en for-

¹ Comelius Castoriadis: «Le délabrement de l'Occident» en *Esprit* N° 177, París, 12/1991.

mas avanzadas de uni-versalismo, tanto en el ámbito religioso (cristianismo) como político (derechos del hombre y del ciudadano). Pues bien, es a partir del proyecto universalista de la modernidad que salen a la luz los límites intrínsecos de la civilización industrial. El problema ecológico no es más que uno de aquellos límites que impiden una universalización de la civilización industrial. Son estos límites, mucho más que cualquier resistencia «celota», lo que condiciona la dinámica capitalista al nivel mundial.

La modernización recorta el alcance de la modernidad. Esta tensión no es abordada por Luciano y está ausente en buena parte del actual debate latinoamericano. En consecuencia, se tiende a identificar modernización con civilización industrial, o sea con determinado momento histórico. De esta identificación deriva la contradicción entre modernización y tradicionalismo como principal eje de análisis. Lo moderno es enfocado por oposición a lo premoderno. Me temo que este enfoque no ilumina adecuadamente y más bien oscurece las transformaciones en curso.

Existen tendencias antimodernas que pretenden borrar la diferencia entre política y religión, entre lo público y lo privado. ¿Pero es este el problema central de nuestra época? ¿No se trata mas bien de un desplazamiento de los límites, por ejemplo, entre lo político y lo no-político? A mi manera de ver, también en América Latina los desafíos mayores son los que nos plantea la misma modernización. Ellos no descartan nuestros problemas heredados (cuestión social, cuestión étnica etc.), ni mucho menos, pero los resignifican. El problema de la pobreza - tema decisivo en la integración social - es muy diferente si lo vemos en la perspectiva del Estado Nacional o en el marco de un proceso de integración-fragmentación global. Otro ejemplo ofrece la sociedad alemana, cuya transformación fue interpretada por Ulrich Beck² a través del sutil desplazamiento de una producción de riqueza a una producción de riesgos, donde los efectos secundarios (o consecuencias no deseadas) comienzan a marcar la pauta del proceso social. En resumen, los límites principales de la modernización parecieran radicar al interior de la misma y precisamente a raíz de sus propios logros. Lamentablemente aquella distinción clara y precisa entre moderno y premoderno ha perdido relevancia y nos enfrentamos a diferenciaciones sociales y límites culturales mucho más complejos. Por lo mismo, las transformaciones culturales juegan un papel sobresaliente.

La cultura no es sólo consagración de lo establecido, sino también crítica y anticipación. De hecho, el actual clima cultural señala una inflexión. Las diversas manifestaciones de «post», por confusas que sean, indican una conciencia generaliza-

² Ulrich Beck: *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Ed. Suhrkamp, Francfort, 1986.

da de que la civilización industrial no es el estadio final de la humanidad. Vale decir, no hay inmortalidad y, por tanto, no nos queda sino asumir la precariedad de las cosas. No es casual que esta época tan desencantada vuelva a estar tan preocupada por el sentido de la vida o, más exactamente, por el vacío de sentido. ¿No será la erosión de los significados transmitidos y la dificultad de elaborar nuevos significados colectivos el problema central de Occidente y Oriente?

En esta perspectiva, el fundamentalismo (islámico u otro) no es tanto una reacción antimoderna como el efecto de determinado tipo de modernización: una modernización sin modernidad³. Cuando la modernización arrasa vertiginosamente todo lo que nos era familiar desde tiempos inmemoriales, el desamparo es tal que resulta muy tentador refugiarse en identidades cerradas y verdades absolutas. Más que una defensa de la tradición, empero, se trata de la reacción ante las insuficiencias de una modernidad, que parece habernos dejado sin mapas cognitivos para recorrerla. La modernización socioeconómica no asegura modernidad. Por el contrario, los procesos sociales en América Latina señalan que la modernización que surgió de la modernidad, se ha independizado más y más, escapando a las instituciones de deliberación y decisión ciudadana. Por eso el triunfalismo sobre los éxitos de la transición democrática suena tan ingenuo - o cínico -.

Referencias

*Comelius, Castoriadis, ESPRIT. 177 - París. 1991; Le délabremen de l'Occident.

*Beck, Ulrich, RISIKOGESELLSCHAFT. AUF DEM WEG IN EINE ANDERE MODERNE. - Frankfurt, Ed. Suhrkamp. 1986; A la búsqueda de la comunidad perdida. Los desafíos de la democracia en América Latina.

*Lechner, Norbert, REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES. 129 - UNESCO. 1991;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 119 Mayo-Junio de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

³ Ver mi artículo «A la búsqueda de la comunidad perdida. Los desafíos de la democracia en América Latina» en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* N° 129, UNESCO, 8/1991.